



GA
PI
TU
LOx

3

*En el que Megan revela
más de lo que pretendía*

Venía volando cuesta abajo por la calle Mockingbird en mi bicicleta y me encontraba a solo unos pocos centímetros de una luz roja en Fairfield cuando me di cuenta de que el sedán negro a mi lado era un coche patrulla sin marcar. Apreté ambos frenos y el neumático trasero resbaló en la grava, y terminé de lado a tres metros de la intersección. Puse una sandalia de tacón en el asfalto pegajoso, retrocedí y casualmente miré al policía a mi lado. Me miró de arriba abajo y rio entre dientes. En serio, ¿quién podría culparlo? No todos los días ves a una chica en una Mountain bike luciendo un vestido de Ralph Lauren, sandalias de trescientos dólares y un casco de bicicleta coronado con una tiara gigante de plástico incrustada con diamantes de imitación.

Sudando como Seabiscuit en la final de la carrera de caballos Preakness, parpadeé ante los coágulos de rímel que nublaban mi visión, preocupada por que el fuerte maquillaje

de mi rostro pudiera fracturarse repentinamente y descender en un alud de las proporciones de Malibú.

Seguro parecía una demente, pero decidida a mostrar una buena cara, le sonreí dulcemente al oficial Jenkins en su patrulla de policía con aire acondicionado y él, por ser un tipo generoso, se marchó.

Por supuesto que tenía planeado pasarme la luz roja sin pensarlo dos veces, pero un cálculo de una fracción de segundo me dijo que el tiempo que pasaría defendiendo una multa de Highland Park era más largo que la duración de la luz roja, así que diligentemente hice una pausa. Es decir, si frenar deslizando tu bicicleta a mitad de camino a través de una intersección puede llamarse "pausa".

Incapaz de mantenerme quieta, revisé mi reloj. De nuevo. 4:43 P.M. Maldición.

¿Cómo, me pregunté, se me había hecho tan tarde y cómo me encontraba tan pegada al asiento de mi bicicleta? La dolorosa respuesta fue que, tristemente, todas mis heridas fueron auto-infligidas. Comenzando temprano esa mañana, había cometido un error crítico de juicio.

–No, tú toma el coche –le dije estúpidamente a Julia a las 5:20 A.M. Ella y yo compartimos un Subaru Forester azul. No era llamativo, pero era confiable, y papá lo eligió basado en su impresionante expediente de seguridad.

–¿Estás segura? –murmuró Julia. De pie en su puerta, asentí. Resulta que la privación del sueño realmente afecta la toma de decisiones.

–La práctica termina a las cuatro, y la orientación no es hasta las cuatro y media –le respondí–. Eso me dará tiempo para ducharme, vestirme e ir al club; está a tan solo unas calles.

Ese martes marcaba el comienzo no oficial de la Temporada. Julia, las otras chicas y yo habíamos sido invitadas a tomar el té en el Turtle Creek Country Club con nuestra tutora, Ann Foster. La reunión sería para que nos conociera, nos dijera qué esperar y cómo comportarnos.

–¿No estarás acalorada?

–El clima está más fresco –dije rápidamente–. Y la práctica es solo una caminata y ejercicios. Además, si sucede algo, no quiero que ambas lleguemos tarde.

–Está bien –respondió ella, dejando caer su cabeza nuevamente sobre la almohada–. Te reservaré un asiento.

Con punzadas asfixiantes de celos, ya que yo nunca llegaba a dormir hasta tarde, cerré su puerta suavemente, bajé las escaleras y me dirigí al gimnasio, mis sandalias enganchadas sobre el manillar y mi vestido rojo, inmaculado y embolsado, ondulando detrás de mí como la capa de Superman.

Por desgracia, las cosas no salieron como había planeado. En primer lugar, el clima era como un horno caliente. Los veranos en Texas son siempre húmedos, pero para septiembre, el clima generalmente se retrotrae de extraordinariamente insoportable a casi tolerable. Pero no ese día. A las 2 P.M. la temperatura rondaba los 39 grados, con una humedad propia de la selva tropical.

Luego, una serie de pases descuidados y bufonería general

consiguieron que la entrenadora Nash llegara a su límite, por lo que el conjunto de "ejercicios y una caminata" fue reemplazado por correr en las escaleras del estadio.

–¡Vamos, vamos, vamos! –la entrenadora Nash gritaba mientras un grupo de chicas subían. En la parte superior giré a la izquierda y corrí hacia el siguiente pasillo. Luego abajo, abajo, abajo por las escaleras. Subes por un lado, bajas por el otro. Luego repites–. Están en el tiempo extra, han estado corriendo durante dos horas, están agotadas, y ellas también. Ahora es solo voluntad. ¿Quién quiere más?

–No es más difícil que escalar el Monte McKinley –me las arreglé para jadearle a Cat mientras subíamos la parte superior, usando tres respiraciones para sacar las nueve palabras.

–Por lo menos hace frío en Alaska –dijo Cat sin aliento.

De verdad. Las gradas de metal estaban calientes al tacto, el estadio estaba húmedo como un terrario y el sol ardía como una antorcha. Cuando la entrenadora finalmente nos liberó a las 4:15, estaba empapada. Peor aún, todo mi interior estaba caliente como un horno de pizza.

Entré en la ducha a las 4:19 y me quedé bajo el agua helada durante cinco minutos seguidos. Esto no fue suficiente para refrescarme, y cuando me paré delante del espejo a las 4:28 para aplicarme rímel, gotas de sudor salieron de mi frente roja como remolacha. Salí del vestuario, despegué mi vestido de mi trasero húmedo y eché un rápido vistazo a mi reloj. 4:37. Quería permanecer tranquila.

–¡Su Alteza! ¡Oh, su alteza! –gritó Mariah mientras yo

doblaba la esquina junto a la caseta de bicicletas. Lindsay y Lachelle inmediatamente comenzaron a soplar cornetas rosas y blancas de princesa y a hacer una reverencia mientras Cat estaba de pie en posición de atención y disparaba un cañón infantil de confeti. Explotó con tanto entusiasmo como un buen pedo, y el confeti voló quince centímetros antes de caer patéticamente en el césped.

–Qué fracaso –dijo Lachelle.

–¿Eso es todo? Un verdadero fracaso –espetó Cat, mirando el recipiente vacío–. Esta cosa costó \$4,99 dólares.

–Divertido, chicas, gracias –respondí. No estaba tan sorprendida por la Brigada de las Bromas, ya que la noticia de mi debut se había extendido rápidamente a través del equipo. Al liberar mi bici, Cat corrió y me tendió el casco de la bicicleta.

–Su corona, milady –dijo ella, y luego se inclinó antes de romper en carcajadas.

–No deberías haberlo hecho –espeté. Pasé exactamente tres segundos tratando de remover la tiara que Cat había adherido con súper pegamento, luego me di por vencida y me puse el casco en la cabeza. Ni siquiera me molesté en tratar de quitar las cintas brillantes que salían del manillar.

–¡Diviértete en el baile! ¡Vuelve a casa a medianoche! –gritó Mariah.

–¡Cuéntanos si conoces al príncipe azul! –añadió Lachelle.

Saludé y me fui con el sonido de las cornetas a mis espaldas. A mitad de camino a través del campus noté que habían

reemplazado mi vieja y desagradable botella de agua con una nueva de color rosa.

Y lo que había recordado como "unas pocas calles" desde la universidad hasta Turtle Creek Country Club resultaron ser diez, unos dos kilómetros y medio. Y había dos semáforos. Ahora estaba sentada en el segundo. Cuando llegué al primero, el cruce fue bloqueado por una columna de niños que regresaban del parque a su guardería.

Recordando mi vestido que ondeaba detrás de mí esta mañana, de repente deseé ser Superman, que podría volar o instantáneamente enfriar el mundo entero a temperaturas bajo cero. Sobre todo, deseaba girar la Tierra hacia atrás a una velocidad hipersónica, con lo que se invertirían los relojes por, digamos, una hora. A falta de todas estas habilidades yo estaba que ardía, por dentro y por fuera. Una última mirada a mi reloj: 4:45 P.M. En el mejor escenario llegaría con veinte minutos de retraso, toda roja y sudorosa.

La entrada a Turtle Creek Country Club era, naturalmente, cuesta arriba. Incapaz de calmar la creciente oleada de pánico, me puse de pie y pedaleé mi bicicleta en esa posición hasta la cima de la pendiente.

De repente, como si estuviera junto a mí, escuché a mi madre decir: "Megan, querida, *nunca* tienes una segunda oportunidad para dar una primera impresión". Gracias por eso, mamá.

Adelante vi el pórtico sombreado y las puertas delanteras. Imaginé a las otras muchachas que llegaron antes que yo

—más temprano, por supuesto— deteniendo sus coches sellados al vacío, con el aire acondicionado tan alto que llevaban suéteres de cachemira. Saliendo tan cuidadosamente —no despeines tu cabello o te quiebres una uña— que tomarían el boleto del aparcacoches y solo tendrían unos ocho pasos hasta los fríos confines del club. Sin tiempo suficiente como para derretir un M&M, y mucho menos arruinar su maquillaje Kabuki.

Perdida en mi amargo ensueño, me precipité en la entrada, frené chirriando mi bicicleta hasta detenerme, y miré a los ojos al aparcacoches. Era joven, vestido con pantalones cortos negros y un polo blanco. También era ridículamente guapo, con grandes ojos castaños, cabellos ondulados y un hoyuelo en la barbilla lo bastante grande como para tomar un baño en él. Me quedé esperando, pero él no se movió, solo se quedó con un boleto en la mano.

—¿Y bien? —dije. Se limitó a mirarme fijo, con la boca abierta. *Pobre chico, tiene la apariencia pero no el cerebro*, pensé—. ¿Qué, nunca has aparcado una bicicleta antes?

Eso lo hizo reaccionar. Se adelantó y sostuvo el manillar.

—Lo siento, buenas tardes... señorita —dijo. Ahora sonrió. Y qué sonrisa; más brillante que las luces de Westcott Field—. Bienvenida a Turtle Creek Country Club.

—Gracias —me quitó el casco y se lo entregué. Notó la tiara y sonrió otra vez. Él era realmente apuesto. Debe llevarse bien con las señoras mayores. Pensé en explicarle lo de la tiara, pero en realidad, ¿qué explicación plausible podría ofrecer?

Y luego, atormentada y distraída por su mirada, enganché

el dobladillo de mi vestido en el asiento y lo rasgué mientras bajaba de la bicicleta. Ambos miramos hacia abajo, el sonido de la tela al romperse. Mi elegante vestido de lino rojo ahora tenía un tajo desde el muslo a la cadera, un generoso agujero a través del cual se podían ver mis interiores con flores de girasol y una cantidad decente de piel.

–Perfecto –dije–. Simplemente perfecto –él me dedicó una mirada comprensiva. Sujeté mi vestido y le entregué cinco dólares.

–Oh, muchas gracias, señorita –sentí una broma privada ahora, un tono suave en su voz. Probablemente la tiara.

–No es nada –indagué en su rostro por la respuesta, y su sonrisa creció. *Definitivamente la tiara*. Señalé con la cabeza mi bicicleta–. ¿La mantendrás andando?

–Sí, señorita –dijo, con una sonrisa cada vez más amplia. Hizo que mi corazón se acelerara. Él era más que solo tierno. Típico; en el umbral de la riqueza fabulosa me desmayo por el aparcacoches. Me alejé sosteniendo mi vestido.

–Y nada de salir a dar una vuelta –le grité por encima de mi hombro.

–No, señorita –cuando abrí la puerta le di una última mirada.

Apoyó mi bicicleta con cuidado contra la pared, y entonces un Mercedes AMG negro rugió y un hombre mayor vestido con un polo de Turtle Creek Country Club salió del auto. Mi "aparcacoches" fue hasta la puerta del conductor y le entregó *mis cinco dólares* al auténtico aparcacoches.

Hizo una pausa antes de entrar y me miró. Su sonrisa era aun más amplia y me saludó agitando su mano, claramente disfrutando el momento.

Mi sorpresa dio paso a la diversión. Bueno, bueno, estaba equivocada. Guapo y astuto. Lo saludé. *Hasta luego, extraño*, pensé mientras se alejaba. Incluso su coche tenía un gran trasero.

El interior del club estaba oscuro y frío como un iglú, y esperé a medida que mis pupilas se adaptaban del mediodía del Sahara hasta el cálido y sofisticado ambiente lujoso. Al sentir el aire proveniente de un conducto de aire acondicionado, levanté mis brazos y dejé que la brisa fresca llegara hasta mis axilas mojadas.

Santo Dios, era el cielo.

Habiendo estado allí unas cuantas veces antes, sabía que me encontraba en la entrada principal. Miré a mi alrededor para ajustar mi visión. ¿Suelo de parquet reluciente? Comprobado. ¿Empapelado color gris topo y revestimiento de nogal? Comprobado. ¿Grandes plantas en macetas de metal? ¿Lámparas de cristal? Comprobado. Comprobado. ¿Mujer que se sienta detrás del escritorio que me mira fijamente mientras aireo mis axilas? Eso era nuevo. Cambio y fuera.

—¿Puedo ayudarla? —preguntó ella, su tono era tan frío como la habitación.

Lentamente bajé mis brazos.

—Sí, hola, soy Megan McKnight. Estoy aquí para el té de orientación.

–Eso es en la Sala Magnolia. Baja este corredor y gira a la izquierda. Sigue todo el camino hasta el final y verás las puertas dobles.

–Muchas gracias.

–De nada.

–Hace mucho calor afuera –le dije.

–Sí, lo hace –respondió. *Bien, me alegra saber que coincide en ese punto.*

Comencé a caminar sujetando mi vestido.

Entonces la inspiración llegó. Me volví hacia la mujer.

–¿Tienes una engrapadora que pudiera pedir prestada?

–Sí, tengo –tomó una gran engrapadora de su escritorio y me la entregó. Manteniendo la costura lateral en su lugar, apreté la engrapadora tres veces en una sucesión rápida de movimientos: *taca, taca, taca.*

Dejé caer mi vestido y, *ey, presto*, el tajo estaba casi cerrado. Un destello de amarillo todavía se mostraba, así que añadí una grapa más. Burdo como las puntadas de Frankenstein, pero al menos el agujero se había ido, y con mi mano a mi lado casi no podía verse. Devolví la engrapadora, le guiñé un ojo a la recepcionista atónita, y me aventuré en busca del té.

La Sala Magnolia. Suaves y melódicas palabras para ser murmuradas, deleitadas. Solo diciéndolas evocaba imágenes de carne blanca con ensalada, pollo al curry recogido en camas de lechuga mantecosa, servilletas de lino, porcelana dorada, cubiertos de plata y copas sudadas de té helado adornadas con menta fresca. Nada realmente malo podría

sucedier en la Sala Magnolia, según creí, cuando las enormes puertas blancas se alzaban frente a mí.

Probablemente ni siquiera hayan empezado, fantaseé, reprimiendo el impulso de correr los últimos veinte metros. Aposté a que todavía estarían de pie, bebiendo té, haciendo eso de "conozcámonos mejor", y nadie se daría cuenta de que yo ya tenía *veinticinco minutos de retraso*.

Antes de ingresar, revisé la costura de mi vestido. Las grapas estaban en su lugar. Volví a ajustar mi cabello en mi cola de caballo, soplé aire de mi boca para secar el sudor que todavía me quedaba en la frente y alcancé la manija de la gigantesca puerta.

Todo va a estar bien, me dije, y entré.